

carmen de burgos

"villa maria"



emiliano escolar editor

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

Gulliver

1000

«VILLA-MARIA»

**COLECCION BOLSILLO
SERIE LOS CLASICOS**

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

R-7025-A

«VILLA-MARIA»

PREFACIO POR

ROSA ROMÁ



emiliano escolar editor



©Emiliano Escolar Editor
Juan de Mena, 21
Madrid-14
Teléfono: 446 07 00

Fotocomposición: COPEGRAF
Benidorm, 13 Telf. 403 18 16

Imprime: GRAFEX, S. A.
Depósito Legal: M. 26.972 - 1980
I. S. B. N.: 84-7383-090-3
Portada: ESTUDIO REBLISA



Carmen de Burgos (Colombine)

**INTRODUCCION A LA NOVELA CORTA
«VILLA-MARIA»
DE CARMEN DE BURGOS Y SEGUI
(COLOMBINE)**

**POR
*ROSA ROMÁ***

PREFACIO

Nacida en una época denominada por algunos como el Medio-Siglo de Oro, en la España que va de Balmes y Larra, a Valera o Cánovas, la fecha de su nacimiento es fijada por algunos en el 78 y por otros en el 79. Poco importa sin embargo este dato, a la hora de enmarcar su vida dentro de un período en el que florecieron los científicos y destacan los intelectuales formados en Europa (1). Dice Laín

(1) Vid. La introducción a la novela corta "El Hombre Negro" de Carmen de Burgos, realizada por Rosa Romá.

Entralgo que fue a partir de 1870 cuando los españoles empezaron a interesarse por la ciencia con cierta seriedad después de muchos decenios de indigencia y asegura que con la Restauración de la Monarquía en 1875 se consiguió una cierta pacificación de los espíritus para poder hacer surgir la cultura.

No fueron sin embargo tan pacíficos los años de reinado de Alfonso XII y Alfonso XIII, aunque con el nacimiento del Príncipe de Asturias en 1907 volvió el optimismo, bajo la presidencia de Don Antonio Maura que pensaba transformar el Estado, pero terminó con la catástrofe militar en Africa, tiempos duros para las tropas españolas que hacen estallar la revolución en Cataluña en 1909 con la ya célebre, por recordada, Semana Trágica.

Menos pacífica si recordamos el atentado que sufrió Cambó junto a Salmerón en la barriada de Hostafranchs cuando buscaban votos para las elecciones, o al anarquista Manuel Pardiñas que asesinara a Canalejas para cambiar el curso de España.

En esa España que bulle y se agita, diversi-

ficada entre políticos de diferente ideología y plural también en la creación con esa amalgama de intelectuales, curiosamente diferentes, tomando parte en la cultura de una tierra que siempre ofreció un paisaje diverso, tan diverso como los hombres y mujeres que lo pueblan, vive Carmen de Burgos, amiga de Blasco Ibáñez, en quien pudo hallar afinidades políticas. Amiga también de Pedro González Blanco, José Francés, Rafael Urbano y tantos otros. Seguidora de los representantes progresistas, ella misma lo fue, dando la espalda a todo lo institucionalizado.

Los escritores se reparten por los cafés hasta tal punto que resulta difícil ser escritor sin acudir a una tertulia o a varias. En ella se discute no sólo de literatura o de política, sino de cualquier tema que pueda aportar una nueva concepción que rompa con los viejos cánones, como en el debate sostenido en el madrileño Café de Sevilla, tertulia presidida por Ramón Gómez de la Serna, en la que se organizan unos "Diálogos triviales" para definir el amor. Corre el año 1910. Son los dos primeros dece-

nios de siglo cuando la escritora destaca con sus opiniones, sus charlas y artículos. Resulta curioso recordar que mientras Antonio de Hoyos dice que el amor es erotismo, para González Blanco se trata de un hecho biológico. Juan Bautista Amorós, el curioso personaje de Getafe, cree que no hay nada tan interesante como el amor. Sin embargo, Carmen de Burgos, realista y tierna, opina que es una "santa inconsciencia".

La escritora que firmaba sus obras con el seudónimo de Colombine, fue testigo de ese resurgir intelectual, pero también lo fue de la crisis del cuerpo social de España que tuvo lugar entre 1915 y 1923, una España inyectada con nueva savia que intenta una renovación cultural, que se esfuerza por comunicarse con el mundo. Alemania, Inglaterra y Francia, ejercen su influencia en los intelectuales que quieren encontrar la otra España deseada, opuestos al régimen anacrónico que domina, mientras el pueblo ofrece una cifra escalofriante de analfabetos.

Junto al brillo de una minoría de intelec-

tuales privilegiados, no es posible hallar a esta mujer apasionada y polemista, profesora de la Normal de Maestras. Ni siquiera cuando se hace recuento de tertulias podemos hallarla fácilmente. Se habla de Clara Campoamor, de Margarita Necken, de la González Fiori, que fuera concejal de Ayuntamiento, siempre con su niño a cuestas, o de Anita Prieto. Se recuerda el señorío de la Pardo Bazán visitada ya por Palacio Valdés y "Clarín" cuando venía a Madrid y se instalaba en una pensión, o en la calle de la Princesa, por los años veinte, poco antes de morir, suegra ya del general Cavalcanti, hablando de los problemas de la mujer y de los escritores franceses. Y, sin embargo, son los años en que la audaz Colombine mantiene una gran actividad. Años en los que comienzan escritores como Gerardo Diego, Rafael Lasso de Vega o Guillermo de Torre y González Ruano, muy joven, recorre los Cafés de Madrid y la Feria del Libro se extiende por el Paseo del Prado, junto a las tapias del Jardín Botánico.

Cuando en la Cacharrería del viejo Ateneo

se reúnen las mujeres y en la tertulia de Gato Negro de la calle del Príncipe, Vidal y Planas deja ver su rostro medio loco después de haber matado al distinguido Antón de Olmet, por los amores que éste mantenía con su amiga. Cuando Zamacois, Mata, Vargas Vila, Hernández Catá y la propia Colombine llegan al público por el módico precio de cinco céntimos, con sus novelas cortas.

En 1922, la situación del país llega a ser anárquica, sin poder hacer frente a la crisis económica bajo un gobierno reaccionario, el movimiento obrero español se halla dividido oscilando entre un sindicalismo apolítico y un partido socialista inclinado a tácticas republicanas. Los esfuerzos de los liberales por formar gobierno y arrancar al rey de manos del conservadurismo, no sirven para aligerar la atmósfera. Se presagia el golpe militar. Entretanto, los grupos republicanos parecen sorprendidos con cada acontecimiento histórico.

En el mes de junio de ese mismo año, se convoca en Zaragoza una conferencia nacional de la C.N.T., que rompe con la Internacional

Comunista, González Ruano es homenajeado en el restaurante Maxim's por Manuel Machado, Cansinos Assens y otros, mientras Carmen de Burgos dedica todas sus energías a ensalzar a sus ídolos políticos en el Centro Republicano del distrito de la Universidad, situado en la calle de San Bernardo, con su moño, sus escotes y sus carnes tan desbordantes como su voz, cuando se dedica a exaltar el federalismo republicano.

Mujer de gran cultura, colaboró en muchos periódicos y revistas en los temas más variados. Escribía sobre salud y belleza, como del arte de saber vivir. Muy joven todavía, en 1900, publicó sus ensayos literarios y algunos años después los cuentos de Colombine eran ya traducidos al francés y al italiano.

Su estilo diáfano, impregnado de naturalidad y modernismo, se enriquece con la sensibilidad y agudeza que le permite penetrar en los lugares más recónditos del ser humano.

Sobre Larra descubrió datos desconocidos muy interesantes que posteriormente han sido considerados como una aportación valiosa.

Fue también biógrafa de Riego, Eugenia de Montijo, Leopardi y George Sand.

Tradujo a Nerval, Mantegazza, Ruskin, Renán, Max Nordan y tantos otros. Y como novelista, bastará recordar algunos títulos: "Los inadaptados", "El anhelo", "El abogado", "El artículo 438", para dejar constancia de su espíritu polemista, siempre a la caza de hechos delictivos que denunciaba con valentía y que en más de una ocasión dieron lugar a que fuese procesada. En la revista de "El cuento semanal", publicó su novela "El tesoro del Castillo", pero no fueron sus libros la labor más importante de esta mujer, cuya voz quedó por encima de la escritora.

Antimonárquica apasionada y defensora de los derechos de la mujer, dejó la semilla de sus ideales en Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Alemania, Suecia, Noruega, Inglaterra, Rusia y los países de habla hispana.

Las gentes serias, adscritas al conservadurismo, criticaban su desparpajo y sus pretensiones de igualdad ante el hombre. Mujer libre, desafió a la sociedad, no sólo con la palabra y

el trabajo. Su conducta, de espaldas a los convencionalismos imperantes, no podía lograr otra cosa que el escándalo de sus coetáneos.

En septiembre de 1923, tras el golpe de Estado se implanta la Dictadura del General Primo de Rivera. Y España sigue. Continúan las tertulias en los cafés, donde se habla, se discute y se escribe. Jardiel Poncela, Carlos Fernández Cuenca y Manuel M. Gargallo se reúnen en el Café Europeo de la Glorieta de Bilbao. Baroja y Azorín son abordados por los jóvenes escritores. Valle Inclán ha demostrado ya su originalidad, nunca desprovista de intención y audacia, y Gabriel Miró destaca por su lenguaje luminoso.

Ramón Gómez de la Serna vive su vida junto a Luisa y Colombine va languideciendo. Blasco Ibáñez, desde Francia, reanuda sus actividades republicanas escribiendo panfletos.

Se inicia una nueva etapa en la vida española que durará hasta el año treinta, poco antes de que esta mujer ardiente y tierna, defensora de causas justas, lejos de élites y siempre cercana a su pueblo, halle la muerte.

Desaparecida a los cincuenta y pocos años, evitó el epílogo respetuoso de la vejez que incita a ser agasajada por los jóvenes, la misma que permite crear una corte de sucesores que prometen las citas para el futuro.

Carmen de Burgos supo conectar con el populacho y aunque no faltó a las clásicas tertulias, ha sido casi siempre olvidada cuando se habla de literatura o de política, donde brillan las minorías que alcanzaron cierto privilegio. Sin embargo, podrá ser recordada por quienes han rebasado los setenta, aquellos que por los años veinte eran jóvenes y en más de una ocasión leyeron a la escritora y escucharon su palabra fogosa, prendados de esta especie de matrona de las letras y la libertad.

«Villa-María» es el nombre del hotel que simboliza la transformación de una familia que desea a toda costa conseguir prestigio social, nombre también de la madre, eje de sus vidas, mujer que lo sacrifica todo por el desarrollo y superación de los hijos, ligado siempre a la construcción del hotel al que ama tanto como a la familia, hasta el punto de esclavizarse, entre-

gándose en alma y cuerpo a la consecución de este anhelo, el de pertenecer a un estrato social superior. Pero el dinero escasea y la mansión es una obra que nunca se termina, llegando a apoderarse tanto de sus habitantes, que se constituye en amenaza.

Carmen de Burgos sabe matizar los más ténues rasgos psicológicos de esos hombres y mujeres, envolviendo su pequeña miseria en una cierta ternura, nunca desprovista de ironía. Tras su forma sencilla de narrar, se encierra la reflexión y el análisis que pretende explicar el origen y las consecuencias de los hechos que expone.

En torno a la construcción de un hotel pagado con sacrificios, en el que el cuarto de baño no puede completarse por falta de dinero, ni poner el pasamanos de la escalera, ni las rejas de las ventanas, surgen las distintas reacciones de sus habitantes, cuya educación se ve transformada por el nuevo tipo de vivienda que les hace ascender dentro del estrato social, haciendo a unos sentirse incómodos, incluso prisioneros en su nuevo estado, mientras para otros re-

sulta atrayente. La adquisición de la casa acrecienta en los novios de las hijas el deseo de casarse ante la posibilidad de ocupar una parte del hotel al entrar a formar parte de la familia.

Los rasgos de humor se acentúan hasta convertir a los personajes en ridículos monigotes, esclavos de sus pretensiones.

El tono de la narración se vuelve satírico al hablarnos de la alegría que la familia experimenta con el asalto inesperado de unos ladrones, por el significado que este suceso entraña al atribuirseles una riqueza y señorío que no poseen, ya que de valor, solamente encuentran las cañerías de plomo.

Poco a poco, la familia consigue vivir con el rango que corresponde a los propietarios de un hotel. El servicio aumenta y hasta compran un perro, todo ello símbolo de enriquecimiento y bienestar, pero muy particularmente de poder, el poder y la categoría que confiere el dinero. Al cabo de un tiempo doña María muere y el equilibrio familiar se desmorona, empieza a reinar el desorden, se pierde respetabilidad, mientras se mantiene con mucho esfuerzo la apariencia.

Don Pedro y sus hijas se dedican a dar fiestas con el fin de que los otros no dejen de creer en su opulencia, ya que es a través del trato con los demás, con sus visitas y continua relación, como la propiedad recupera su vida, la vida que ha perdido al desaparecer su dueña, y también el significado, el único que pueden hallar en sus vidas vacías e inauténticas. La casa es el salvaconducto para pertenecer a un determinado grupo social y temen perderla si el padre contrae nuevamente matrimonio, razón que obliga a las hijas a aplazar indefinidamente su boda.

«Villa-María» perpetúa el nombre de la madre que permanece en la fachada queriendo dar sentido a la entrega que el viudo y los hijos hacen a la casa, sacrificando por ella su futuro, pues es al mismo tiempo vestigio de maternidad. Allí, entre las paredes, sigue viva la imagen de la madre, su aliento perdura, mientras sus componentes fallecen moralmente, sometidos y desbordados por los gastos.

Furioso con el vecino que no quiere venderle más tierra para ampliar su casa, don

Pedro se obstina en la construcción de un muro que quitará la visibilidad del hotel de al lado, a cuyo propietario ha empezado a aborrecer hasta constituirse en su enemigo.

Y comienza la lucha. A medida que la pared de don Pedro crece hacia arriba, el hotel vecino agrega una nueva planta con el objeto de quedar siempre por encima, en reñida competición. En su afán de superarse uno a otro, la guerra entre los dos propietarios se vuelve enconada hasta que al fin, cegado por la rivalidad, don Pedro rebasa los límites de la ley. El muro ha llegado a ser tan alto que se derrumba y los habitantes de «Villa-María», entregados al dispendio, se van hundiendo igual que la pared, mientras el torreón del vecino permanece erguido y desafiante empobreciendo cada vez más la visión de su pequeño chalet.

Colombine intenta reflejar la pasión de dominio, el anhelo de poder y la soberbia que se instala en el corazón del propietario de un hotel frente a su vecino, el mismo que rige en la eterna lucha de un país por dominar a otros, o la de cualquier hombre, en su loca batalla por

estar arriba, más alto que los demás.

El exceso de ambición provoca la ruina económica que les hace perder el brillo social ante los amigos y, consecuentemente, el trato. Abandonadas por sus novios, las hijas tratan por primera vez de ocuparse en la casa, cuando ya es inútil rectificar, porque el desahucio se hace inminente.

Van desencadenándose las más insólitas reacciones, que encuentran una motivación gracias al dominio que la autora posee para narrar con facilidad y a su conocimiento del ser humano. El relato cumple, además, su cometido de entretenimiento, gracias a la descripción precisa de los hechos, sin decaer un instante con el poderoso empuje de la palabra que, sopesada en la mente, atraviesa el filtro del corazón, convirtiendo las páginas de la obra en una fábula que deja sentir el latido de su autora, envolviendo al lector en una bocanada de aire templado.

Cuando la venta de la casa se hace forzosa, deciden destruirla. Sin embargo, este primer deseo que se apodera de la familia al tener que

abandonar la propiedad se desvanece con el recuerdo de la madre, viva aún entre las paredes del hotel, actuando sobre ellos de forma positiva al preservarles de la insana pasión por lo material.

Más tarde, cuando la hija contempla la imagen del hogar vacío y ruinoso, extraño ya al verlo desprovisto de la impronta familiar, desnudo, como una tumba que enmudece, inmóvil, donde ya no pueden hallarse ni siquiera las cenizas, el recuerdo de la madre le transmite la serenidad necesaria para afrontar la vida en el futuro.

En este relato, como en El Hombre Negro; se inicia la historia con la breve intervención de un personaje que no toma parte, pero sirve para dar entrada a los protagonistas y despierta la curiosidad del lector que no sospecha nunca hacia dónde nos llevará la autora.

El final es siempre aleccionador, como en toda fábula, aunque sin soluciones, cuando la realidad no puede ofrecerlas. Por eso decía antes que las novelas de Carmen de Burgos son algo más que una historia bien contada.

«VILLA-MARIA»

I

Sonó, como un desperezo de la casa que despertaba, el timbre de la verja, con ese insistente tintineo que sólo se permiten las personas de la familia o los acreedores para llamar a las puertas.

Doña Laura miró, como un amplio campo en el que se respiraba mejor, el pequeño jardín, como un croquis de los grandes jardines. La mañana cuidaba las flores maternalmente; algo así como si las amamantase. Doña Laura respiró esa humedad sabrosa que se desprende de los jardines en la mañana, y que es como un campestre desayuno para abrir el apetito de la vida.

—Las verjas de los hoteles de los amigos debían abrirse con el solo intento de entrar el amigo— pensaba impaciente doña Laura.

Pero la verja continuaba sin abrirse. En un hotel el sueño se toma más tiempo que en una casa de vecindad, y es como despertarlo en la noche el despertarlo tan de mañana. Era como si todo dentro del hotel se despertara, se moviera, se desperezara y se pusiese de pie; como si todo, moradores, espejos y muebles, se hubieran sobresaltado.

Doña Laura miraba a las ventanas. Todas permanecían cerradas; la casa tenía algo de esos dormilones que no oyen el ruido del despertador, y doña Laura, en su calidad de despertador inexorable, volvió a llamar.

—El lechero— pensaba ella como para disculpar a sus amigos— también tiene que llamar dos veces todos los días en mi casa; pero el lechero llama a las siete y no a las nueve como yo llamo aquí.

Por suerte, la contemplación del jardín la distraía y hacía menos penosa su espera. ¡Daba gloria ver lo despierto que estaba! Pero es que

los jardines están despiertos desde que apunta la aurora, y como llevaba ya despierto mucho tiempo, estaba despejado y alegre. Los pájaros, que cantaban con esa fuerza de voz que no tienen sino en esas horas tempranas, parecían exigir que los dueños del hotel fuesen a pasear por el jardín. Sus trinos eran como el sonar del reloj natural que despertaba la casa.

Al fin se abrió una de las ventanas y asomó la faz soñolienta de un hombre grueso, de bigote entrecano y ojos escondidos tras la maraña de unas cejas espartosas, que miró con mal humor a la señora, que con la cabeza envuelta en su velo de encajes y el cuello ceñido por amplia piel negra y lustrosa, esperaba que le abrieran. Simuló un saludo amable, volvió a cerrar, y al cabo de un rato apareció en chancletas, arrojándose en un gran abrigo, y fue a descorrer los cerros.

—¿Cómo tan temprano, doña Laura?

—¡Temprano! ¡Pero que poco madrugadores son ustedes! Yo ya vengo de oír mi misa, y me dije: Voy a pasar por «Villa-María» a ver cómo sigue aquella familia. ¿Cómo están María

y los niños?

—Muy bien— repuso el hombre, mientras se dirigía, precediéndola hacia la casa.

—¿Y Juanito?

—Bueno, gracias.

Entraron en un amplio patio, alegre y riñente, cuyas paredes, revestidas como la fachada de un bello zócalo de azulejos, le prestaban una agradable placidez. El caballero abrió la puerta de una habitación.

—Si quiere esperar aquí un momento. María vendrá en seguida.

—No tengo prisa, no tengo prisa.

En cuanto se vió sola doña Laura esbozó una burlona sonrisa, mientras miraba, curiosa, el gabinete, tan minuciosa y pulcramente cuidado, con sus muebles de luciente barniz, el suelo brillante como un espejo, y los velitos de butacas; los visillos de las ventanas y los cubremacetas, con cenefas de encaje inglés y lacitos rosa por todos lados. Ella se creía adivinar el conflicto que había producido su llegada. Se notaba la escasez de servidumbre, que había obligado a salir a don Pedro a abrirle la puerta,

en los momentos en que la esposa y las hijas no estaban presentables.

Doña Laura había sido una antigua vecina de la familia de López Reina antes de que construyesen aquel hotel. Ella había sido la amiga de confianza de doña María, la que la acompañaba en todas las ausencias de su esposo, la que intervenía en sus asuntos. Las dos hijas del matrimonio, Rosario y Encarnación, casi habían nacido en sus brazos, y Juanito, aquel mocetón tan guapote, era un pequeñuelo de barberillo que salía corriendo al oír la llegar para pedirle caramelos.

Había sido ella cómplice, en parte, de que construyeran aquel hotel que los había alejado. Se lo consultaron y ella se lo aconsejó muchas veces, con tanto entusiasmo como el que ellos sentían por su proyecto, a doña Laura le parecía que también iba a tener hotel teniendo sus amigos, y recordaba el júbilo de la inauguración. La pena con que se había marchado después de la cena, cuando de buena gana se hubiera quedado a dormir allí. Entonces comprendió que no era suyo, y poco a poco

se fue convenciendo de que la influencia de aquella morada sobre la vida de sus amigos la iba alejando cada vez más.

¡Cómo se arrepentía de haber alimentado en los de López Reina la idea del hotel! Ellos eran una familia modesta, que vivía acomodada con el sueldo de oficial mayor de un negociado que disfrutaba el padre. Al morir los padres de la esposa, ésta heredó una fortunita de unos cuantos miles de duros, que trajeron la preocupación al hogar. ¿En qué invertirlos? ¿Cómo hacerles producir sin riesgo ni exposición, con esa seguridad en el negocio que desean los capitales españoles para no aventurarse en ninguna empresa? Ellos querían una cosa que pudiese ser perenne, segura. Entonces surgió la idea de la casa. Les pareció que comprar un hotel era tener ya asegurado el porvenir de toda su descendencia, un refugio seguro en la vida; una cosa que jamás les podría faltar desde que, antes de terminarlo, ya le habían puesto su póliza de «Asegurado de incendios» para hacerlo más seguro en su seguridad.

Pero la posesión del hotel había influido

de un modo decisivo en la vida de sus amigos: los había cambiado.

Don Pedro y doña María adquirieron con el inmueble una preocupación que se sobreponía a la que les inspiraba la educación de sus hijos. Ellos no habían contado con lo que encarecían las obras y los detalles el cálculo que habían hecho. Al hotel le faltaban cosas todos los días. Primero fue la escalera a la que faltaba el pasamanos; luego las ventanas, que estuvieron largo tiempo sin las rejas de hierro, cerrándose sólo con los postigos de madera. Había sido preciso tomar una hipoteca para acabar todo aquello; pero eso no los inquietó; el gravamen no era más que el mismo que les podía suponer el alquiler de una casa, un alquiler crecido, eso sí, por contribuciones, reparos y mejoras, pero que se iba enjugando sin sentir y un día sus hijos recibirían saneada y libre la herencia.

Al hotel se le puso el nombre de la madre: *María*, escrito en letras doradas a la entrada de la verja. Fue como una cosa de cariño en la que todos simbolizaran lo de acogedor y maternal

que hay en la madre. El hotel era, en cierto modo, la madre; les parecía que entraban bajo su amparo al entrar en la casa.

Era para todos como una amante, a la que se desea complacer y adornar. Le faltaba siempre algo: una vidriera, un nuevo adorno. Un día, el agua con la que no habían contado: el cuarto del baño, una multitud de detalles. El baño era necesario en el hotel; era quizás lo que más lo distinguía y lo alejaba del carácter de casa de vecindad. Durante algún tiempo les humilló no poder abrir, cuando enseñaban la casa a sus amigas, una puertecita de un cuarto, con paredes de azulejos blancos, lleno de espejos y jaboneras; como un detalle de refinamiento; ese cuarto que siempre elogian los visitantes, como si en él se bañase un poco su alma, con esa sensación de frescura que trae el recuerdo de un viaje por mar.

Al fin, todo parecía ya hecho. El hotel había crecido como los hijos, y éstos fundaban en él una especie de orgullo de casa solariega; daba importancia a la familia; aunque estaba un poco en las afueras, no era un hotel de arra-

bal como los de los barrios apartados. Habían tenido suerte en encontrar aquel solar en el Paseo Nuevo: porque aunque el Paseo Nuevo era tan largo que lindaba con aquellos barrios, el hotel no dejaba de estar en el centro mismo.

Sentían la vanidad de ofrecer su hotel a los nuevos conocimientos, como si eso fuese una patente de distinción, para que se les considerase gentes de posición y arraigo. El hotel daba novios a las niñas, porque parecía que al verlas en el paseo o en alguna fiesta, los jóvenes se interesaban más al conocer su condición de propietarias, y más de un pretendiente hablaba con orgullo de su predilección, diciendo: «Tienen un hotel en el Paseo Nuevo», para dar idea de su importancia.

El sostener las relaciones que hacían los hijos echaba una nueva carga a los padres. La sociedad no obliga lo mismo a los que viven en una casa de alquiler que a los propietarios de un hotel. Un hotel requiere mayor servidumbre, exige vestir con mayor decoro; hay un rango, una dignidad del hotel, que obliga a estar a tono con él.

Su hotel los había erigido en los jefes de la familia. Los parientes se reúnen siempre en torno de los que tienen el hotel, y los halagan y los miman como si les fuese a tocar algo. A la luz de la lámpara del comedor del hotel no se trabaja, se pasa al gabinete, se toca el piano, se obsequia a los contertulios; es preciso huir de todas esas cosas vulgares de la clase media; como si el hotel diese una especie de aristocracia.

Todo aquello se sostenía gracias a la voluntad y a la inteligencia de doña María. Era ella la que lograba dar con sus escasos recursos aquella apariencia de esplendor. ¡Sabe Dios a costa de cuantos sacrificios! Empezó por prescindir de todas sus diversiones, de todas sus amistades, para que no presenciasen sus apuros y los trabajos que se veía obligada a hacer en la intimidad. Se había construido una habitación en un ángulo del pequeño jardín, cerca de la entrada de la verja, y allí se habían recogido un matrimonio que por la casa y la luz cuidaban de las plantas. Labor en la que ayudaba don Pedro, que se pasaba entre sus plantas y sus árboles casi todo el tiempo que su oficina y su ter-

tulia del Universal le dejaban libre. El buen señor olvidaba todos sus sinsabores y todos sus apuros con la podadera o el azadón en la mano.

La mujer del jardinero, mediante escasa retribución, lavaba la ropa de la familia, fregaba los suelos y los días de fiesta se ponía el trajecito de doncella para abrir la puerta de la casa o servir la mesa; mientras que un cuñado suyo, alto, buen mozo, cetrino, afeitado, con todo el aspecto de un criado de casa grande, se vestía de librea para las grandes solemnidades; y así se apañaban, gracias al trabajo de doña María, sin más sirviente que Manuela, la nodriza de Juanito, que de nodriza pasó a ama seca y luego a cocinera. Era una buena mujer, gruñona, respondona, autoritaria, hasta el punto de imponer su voluntad a los dueños; pero limpia como los chorros del agua, hacendosa y que se prestaba a todas las economías necesarias; al cuidado que era preciso tener en apagar la luz eléctrica, no encender la hornilla más que por las mañanas y dejarse la cena hecha para ahorrar en el carbón. Ella se amoldaba a todo, identificada con la familia y tan celosa como su

dueña del esplendor y la apariencia. Todos los días se ponía el cocido, de cuya carne se sacaba el principio, y todas las noches, el guisado de judías o patatas. Ella sabía guisar y aderezar todo aquello tan bien como los platos exquisitos de empanadillas y asados que se hacían los días de convite. Iba lejos para comprar al por menor y con regateos sin desdoro de sus amos, y siempre, al hablar de la casa, decía *nuestra casa*, con un convencimiento que la hacía copropietaria.

Los únicos defectos de la buena mujer eran el empinar un poquillo el codo, por esa afición a la bebida propia de las cocineras, cuyo estómago se pierde entre el continuo olor de salsas y grasas y el calor del fogón, y necesitan el traguito de Valdepeñas o pardillo para entornarse un poco y poblar de algún ensueño alegre el recinto de su cocina y la compañía de sus cacerolas.

El otro defecto consistía en no poderse dominar para llamar de tú a los señoritos. Eran siempre para ella Rosarito, Encarnita y Juanito, y los trataba de tú por tú, sin escatimarles

algún regaño.

No podía transigir con aquel dejarse servir de las señoritas, que se pasaban el día leyendo, bordando o tocando el piano, sin ocuparse de nada serio y dejando a la pobre madre ayudarle a las ingratas tareas de barrer, limpiar, hacer las camas y dar brillo a suelos y metales.

—No debía usted dejarlas así; las mujeres deben trabajar. ¡Dios sabe lo que les tendrá guardado! ¡No es bueno que las muchachas se crien tan regalonas!

Doña María la obligaba a callar. Ella disculpaba siempre a las hijas. ¡Inconsciencias de la edad! No era cosa de que se les embastecieran las manos. No les habría de faltar un buen marido.

Manuela, que adoraba a su ama, acababa por convencerse. Doña María era su culto; le profesaba una gran admiración, y se indignaba con la gente del contorno que habían borrado su nombre del hotel, a pesar del flamante letreiro dorado. Para todos los vecinos, «Villa-María» no era más que «La Casa Azul», por la influencia de aquellos azulejos azules, que le

daban un tinte de color de cielo.

Doña Laura sabía todo aquello; lo sabía viéndolo y adivinándolo, y no le perdonaba a su amiga el disimulo, la falta de confianza, todo lo de humillante que había habido para ella en su alejamiento.

Pero, a pesar de su secreto rencor, ño pudo menos de sentirse impresionada por el aspecto caído de doña María. Se veía su palidez, su sufrimiento. Todo el antiguo cariño de su amistad se despertó en ella.

—¿Qué tienes, María; estás enferma?— preguntó cogiéndole cariñosamente las manos.

Doña María vaciló, quiso hurtarse a la voz de cariño de su amiga, conservar la entereza, la serenidad un poco hosca que se había impuesto; pero la mirada de Laura era tan acariciadora, que se sintió vencida, y arrojándose en sus brazos, murmuró:

—No puedo, no puedo más.

Volvieron las dos amigas a hallar la dulce confianza de otros días, y allí, solas, con las manos juntas, doña María hizo confidente a Laura de todos sus trabajos y sus amarguras.

Más que aquella continua preocupación para sostener a la familia con tan escasos recursos, en relación con el medio en que se habían colocado. Había tenido que empeñar las alhajas de su amiga, la de Práxedes, para salir de un apuro, y pedir prestadas algunas cantidades a espaldas de su marido; pero más que sus trabajos, le dolía el cómo éstos pasaban inadvertidos para su familia, cómo se habían acostumbrado a ellos hasta el punto de exigirle y de mandarle. Se había hecho sierva, criada, por su abnegación, y le parecía verse despreciada, postergada, insignificante, fuera de su centro, en aquella familia que se lo debía todo.

Sus hijos le exigían más cada vez, con una desconsideración creciente. Se creían, sin duda, que su hotel era producto de una gran fortuna, y que en sus sótanos había, como los del Banco, un gran acopio de dinero. Doña María no podía ya más, y a pesar de su gran fuerza de voluntad para sufrir y caminar de un lado para otro, retardando el momento de la catástrofe que preveía, ya estaba cansada, casi agotada.

Era aquel hotel, en el que creyó encontrar

la poltrona cómoda para el sueño, el descanso y la siesta durante el resto de su vida, el que le había traído aquel tormento de creadora, el dolor de toda creación.

Laura formuló su idea.

—Erais más felices antes de tener este hotel.

Doña María se volvió airada en su obsesión por aquella casa. ¡Su hotel! Estaba más encariñada con él que con sus mismos hijos. Aquella casa era también como un hijo para ella. ¡Tanta vida y tanto espíritu había puesto en él! El hotel volvió a alzarse entre ellas para separarlas de nuevo.

II

Conforme avanzaba la enfermedad nerviosa que destrozaba el organismo de doña María, crecía más su amor por el hotel. Sin poder salir a la calle, sin poder casi moverse de su butaca, veía desde su ventana aquel hermoso pedazo de cielo, de matices cambiantes, y se extasiaba en la contemplación de aquel pedazo de jardín y aquella verja en donde estaba grabado su nombre. Se había reconcentrado allí toda su vida, y sentía una ansiedad de formar como una ciudadela familiar en la que se agrupasen todos, defendidos contra las gentes de fuera.

En aquellas horas que la familia pasaba al

lado de la enferma surgió la idea de agrandar el hotel. Se debía comprar al vecino un buen trozo del terreno que tenía inculto y agrandar el jardín; sentían todos un ansia de jardín lleno de árboles y resguardado por una muralla de madreSelva y de enredaderas.

Todos los hijos debían agruparse allí. Rosario viviría, cuando se casara, en el segundo piso. La parte principal se debía reservar para Juanito, el más mimado y querido de todos, por el solo motivo de ser el hijo mayor, el heredero del nombre, a pesar de su carácter duro, seco, indiferente para con sus padres, sus hermanas y toda la gente de la casa.

Porque Juanito parecía desdeñarlos a todos encastillándose en un silencio solemne y mirando siempre como si estuviera subido en una escalera, dos peldaños más alto que los demás. Jamás estaba nada bien para su gusto, parecía sufrir y soportar a la familia, no hallaba a los padres bastante decorativos ni a las hermanas bastante distinguidas o elegantes. Todo aquello le mortificaba; el hotel era para él como una cárcel, y pagaba el mal humor con su

pobre nodriza o con su madre, con una injusticia atrabiliaria, por ese sentimiento de crueldad con que el lobo ahíto se lanza sobre los cordeños. Todos callaban y soportaban su tiranía pacientemente, ocultándosela al padre, que era el único que se podía haber opuesto a ella.

En cambio, no desdeñaban el hotel los futuros cuñados. Enrique, el novio de la mayor, se esponjaba al dejar el gabán en el perchero del que había de ser su hotel. Se sentía ya en casa, y el pensar que no habían de salir de ella hacía más formal, más matrimonial, su noviazgo.

En cambio, Alfonso, el novio de la menor, se sentía un poco perplejo, porque verdaderamente no había sitio en el hotel para otro matrimonio, y aquello le parecía una postergación. Un día, Encarnación le dió la buena noticia por la ventana. Era preciso que solicitara el permiso de entrar en casa. La madre había dicho que si ella tenía novio formal sería preciso añadirle un nuevo piso al hotel.

La madre sostenía el espíritu de todos desde su butaca, y dirigía la casa con la misma lu-

cidez de siempre, sin que se llegase a notar el nuevo gasto que el tomar una criada más ocasionaba a la familia.

Iba todo bien. El hotel había tenido hasta el robo que necesita todo hotel para dar impresión de su riqueza y de almacenar tesoros. Verdad es que sólo había sido una alarma; pero aquellos bultos que habían escalado la tapia y habían obligado a Don Pedro a disparar su revólver al aire dieron que hablar durante muchos días a todo el vecindario. «Han querido robar en «Villa-María», decían todos, y la familia de López Reina se sentía tan satisfecha de ser protagonista del suceso, divulgado por la Prensa, que ocultaba cuidadosamente que aquellos pobres ladrones sólo trataban de llevarse el plomo de las cañerías.

Entonces se pensó en un perro. Se construyó con tablas una caseta a un extremo de la verja, y se llevó un mastín, un animal barbarote, feroz, sin inteligencia, que lo mismo ladraba a la familia de la casa que a los extraños y los transeuntes, y que tenía que estar constantemente atado a su gruesa cadena. Un cuidado

más para limpiar y atender al animal, que estaba siempre hambriento y ansioso, con mirada feroz, enseñando los dientes, con una antipatía de carcelero.

El perro no atemorizaba a los ladrones; pero asustaba a los amigos, que no iban de noche por temor de encontrarlo suelto en el jardín. Su misión era molestar con su extemporáneo ladrar o con sus inesperados aullidos, y, sin embargo, la posesión del perro era como una consolidación de la prosperidad de la familia.

Una segunda hipoteca les había proporcionado el dinero para empezar las obras del tercer piso y preparar los «trousseaux» de las niñas, que no podían ir al matrimonio sin llevar todo lo que convenía a su rango. El único punto negro fue la negativa del vecino a vender el pedazo de terreno para ensanchar su jardín. Una obstinación inexplicable, cuando le habían ofrecido el triple de su valor. No podían explicarse aquello más que como rabia o envidia.

Toda la familia echaba la culpa a este disgusto de que se hubiese agravado doña María.

El perro había aullado toda la noche como si entrase alguien en el jardín.

III

¡La madre había muerto! Se sorprendían todos de esa muerte, como si no hubiese sido una cosa esperada. Se creían tan seguros, tan protegidos en su hotel, que les desconcertaba el que hubiese podido entrar la Muerte. «Villa-María» había padecido en aquella muerte como si algo de sí misma se hubiera disgregado y perdido; pero nadie pensó en cambiarle el nombre, aquel cartelón con el nombre de la muerta, que miraban ahora con el mismo respeto y cariño que si hubiese encarnado su figura.

¡Se quedó tan triste el hotel! Se había convertido como en un panteón de la madre, a la

que creían ver cruzar por los pasillos. Durante algún tiempo ejerció en ellos una sensación dolorosa el nombre vivo de «Villa-María», como si esto hiciese su casa la casa de la muerta. No se podían mudar para escaparse a los recuerdos, y poco a poco se fueron familiarizando con ellos, hasta llegar a una convivencia que conservaba a la muerta en su intimidad.

Y pasado el tiempo, el hotel pareció revivir de nuevo; la vida se imponía tiránica; volvieron las visitas de amigos, y, al fin, un día Encarnación sugirió el deseo de abandonar la ropa negra, tan sucia, y otro día, Rosalía habló de reunirse en una pequeña fiesta. La proposición desconcertó a la familia. Hubo un momento de silencio. ¿Cómo iba a romperse el silencio de la casa de la muerta? ¿Cómo habían de resonar las risas y la algazara penetrando bajo aquél arco donde estaba el letrero de «Villa-María» como un sello de su señoría en la «Casa Azul»?

Pero al fin la fiesta se dió. Fue una fiesta triste, en la que las hijas vistieron de heliotropo y negro; una fiesta triste, más amargada por la fidelidad de Manuela, la cocinera, que pidió

permiso para no estar en la casa profanada por aquel acto.

Después de la primera fiesta se repitieron otras, cada vez más frecuentes.

Las fiestas tenían para las hijas y el padre el atractivo insuperable de hacerles sentirse dueños del hotel, dueños de los cimientos, que es la sensación que diferencia al propietario del inquilino, el saber que el pedazo de tierra en que enclavó sus cimientos le pertenece en lo más hondo, hasta el fondo del mundo.

Experimentaban en su fiesta toda la importancia de una gran «soirée»; aquel trozo de jardín que pasaban los invitados los igualaba con los palacios. Las hijas, que al lado de la madre ocupaban el segundo lugar, se veían ahora dueñas, con ese aplomo que da el recibir en un hotel, aunque esto las obligaba a toda una temporada de preocupación y sacrificios en los preliminares; porque el hotel, al mismo tiempo que les daba brillantez las obligaba al cuidado de la «toilette» y a la ostentación de su servidumbre. Había de estar todo a tono en aquellas noches en que se encendían los focos

de la entrada dando toda su solemnidad a «Villa-María». Esa solemnidad de la casa que se ilumina a lo externo con su luz propia, para huir de la promiscuidad de la calle.

IV

En medio de aquella apariencia de alegría, la familia de López Reina no era feliz. Había en todos una secreta inquietud, un desasosiego. La falta de la madre se dejaba sentir. La casa, desorganizada, estaba a merced de Manuela, que hacía la vida insoportable con sus intemperancias y sus regaños.

Juanito no iba apenas por su casa, la muerte de la madre parecía haber roto el débil lazo que lo retenía. Llegaba de madrugada y dormía todo el día, para volver a salir al anochecer, siempre grave, extraño, impenetrable en su aspecto de hombre superior y

que lo desdeña todo y no deja que nadie se inmiscuya en sus asuntos.

Las hijas se sentían molestas por aquellos cuidados que estaban obligadas a soportar. Salían alguna vez con doña Laura, que había vuelto a su lado en la desgracia; pero se sentían como solas, perdidas, sin la compañía de la madre. Sus casamientos se habían aplazado. Tenían miedo de hablar de casamiento al padre ahora. Eso sería como un abandono, como sumirlo en una nueva viudez.

El padre se les ofrecía en otro aspecto desde la muerte de su madre. El estaba obligado a aparecer en las fiestas al lado suyo, y no era ya en ellas el buen señor bondadoso y respetable, al que la presencia de la esposa da un venerable aspecto de padre de familia.

Su padre se había convertido en uno de esos hombres galanteadores, dicharacheros, que aprovechan las amistades juveniles de las hijas para escarceos encubiertos. Se perdía la augusta y respetable figura paterna.

Ellas se indignaban con sus amigas jóvenes que no huían de los galanteos del viejo, tal vez

por la influencia de aquel aspecto de bienestar que lo rodeaba. Más de una jamona y solterona dura miraba con agrado la posibilidad de convertirse en dueña de «Villa-María».

Era esto lo que más ensañaba a las hijas. No podían concebir la posibilidad de una nueva boda. ¿Cómo podría vivir allí otra mujer con otro nombre? No; el hotel, con sus habitaciones llenas de recuerdos, con el nombre de la madre grabado sobre la puerta, las defendía contra la posibilidad de la madastra; ninguna nueva mujer podría entrar en el recinto de su madre María. Pero esto las obligaba a un continuo sacrificio, velaban por el padre tan celosamente como la madre había velado su inocencia. Se les imponía el deber de no casarse para que otra mujer no ocupara el puesto de la madre, que no estaba del todo vacío mientras no lo abandonasen ellas. Y sin darse cuenta, lo subordinaban todo a conservar el culto de la madre en su hotel. Este se hacía labor primordial en su vida, se sentía la influencia de la casa en todo.

Doña Laura y Manuela, de manera dife-

rente, aumentaban su preocupación.

La cocinera, firme en su manía de que las mujeres deben ser hacendosas, no perdía ocasión de recriminarles sus gastos y su ociosidad.

—¡Pobre señor! ¡Que desastre de casa! ¡Si la señora levantara la cabeza! Como estas niñas no cuiden un poco la vida y no hagan más que dormir, componerse y hablar con el novio, el señor tendrá que buscar una mujer..., y yo me iré antes..., sí me iré... ¡Si no fuera por mi Juanito!

Doña Laura, a su vez, les llamaba la atención, finamente, arteramente, hacia las preferencias de Don Pedro hacia tal o cual amiga, para separarla de su trato. La sombra de la madrastra imaginaria se convertía en su obsesión.

V

Y, sin embargo, don Pedro no pensaba más que, como una coquetería senil, en sus flirteos con las amigas de sus hijas. Su obsesión era el vecino de al lado. Aquel vecino que no había querido venderle el terreno para agrandar su jardín. Sentía el mismo odio que animó a Jezabel contra el propietario de la viña que no quiso cederle para agrandar sus dominios, y, lo mismo que la reina hebrea, lo hubiera condenado a muerte.

Para él, aquel vecino era la causa de todos sus males. Cuando notaba el vacío de su casa, culpaba al vecino del disgusto que agravó el es-

tado de doña María. Todo se lo atribuía al vecino. Cuando se cortaba el agua de la fuente pensaba en una añagaza suya: si se le perdían las palomas, creía que los palomos ladrones de su medianero las habían robado; cualquier mancha o desperfecto en la fachada podía ser obra de aquel hombre odiado. Hasta el gato que entraba por la ventana de la cocina y más de una vez se escapó con un trozo de pescado o de jamón, era el gato del vecino; aquel maldecido gato, del que Manuela tenía que defender celosamente su gata maltesa, con ese celo extraño con que las solteronas y las viudas jamonas guardan la castidad de esos pobres animales. La gata, encerrada, andaba vagando todo el día por el hotel, dando maullidos lastimeros, y como no podía salir, cometía más de un desafuero, que la celosa cocinera castigaba a zapatazos mientras restregaba el hocico del animal en el sitio mismo del desacato. De todo aquello echaba don Pedro la culpa al vecino.

Un día que la casa de al lado amaneció libre de los andamios de los revocadores, deslumbrante, con su fachada llena de balco-

nes, don Pedro no pudo sufrir más. Tuvo una idea diabólica, que puso en juego sin consultar con nadie. «Villa-María» hacía esquina a una de las principales calles que desembocaban en el paseo Nuevo. El vecino tenía vistas a esa calle a través del jardín de los López Reina. Podía, sin faltar a la ley, hacer un paredón a su jardín y robar la luz y las vistas que disfrutaban por aquel lado. El dinero que tenía para las obras del piso se invirtió en eso. Don Pedro veía levantarse el paredón que lo aislaba de sus vecinos con un júbilo indescriptible; se pasaba las horas en su jardín, con un traje ligero, sus zapatillas y su sombrero de paja, contando todas las piedras que iban colocando los albañiles. Aquel paredón le hacía el efecto de una muralla con la que se irritaba al enemigo y se le dejaba lejos y fuera de la ciudad. Tenía algo de empresa militar, de obra de defensa urgente, de estratagema inventada por un genio de la guerra. A veces D. Pedro, con la mano metida entre los botones del pecho, en la americana, tenía actitudes de Napoleón; parecía como si fuese a montar unos cañones detrás de la mu-

ralla, tal era la prisa, la urgencia con que quería que el pabellón se levantase, como si tratara de contener a un enemigo que avanzara rápidamente sobre él.

Su voz era como la voz bronca y apremiante de un general. Hubiera querido hacer velar a aquellos obreros, que trabajasen a la luz de la luna en medio de la obscuridad de la noche para sorprender a todos por la mañana con la nueva construcción, como con uno de esos palacios de cuento persa que aparecían y desaparecían en el transcurso de algunas horas.

D. Pedro miraba al cielo, miraba a lo alto, como si tomase medidas para una torre de Babel. Su pasión por el paredón era mayor que la que había tenido por el hotel; soñaba con un paredón tan alto como las nubes, y una noche, acostado del lado del corazón, soñó que se derrumbaba de un modo abrumador, provocando una catástrofe en la ciudad y ocasionando miles de desgracias. Aquella noche se despertó sobresaltado, con un pánico mortal, y necesitó vestirse, respirar el aire del jardín y ver su paredón para tranquilizarse. A la mañana si-

guiente preguntó muchas veces al maestro de obras si sería bastante estable el paredón, porque sentía un miedo pueril de que el vecino de al lado lo pudiese echar abajo, con una especie de catapulta o quizá con un rabioso puntapié.

Entre tanto el paredón volaba hacia lo alto, crecía como él había visto crecer las cosas pequeñas en las comedias de magia. Aquellos albañiles eran como soldados a los que él les había comunicado la fiebre de elevar el muro.

El muro era feo, arrojaba sobre el hotel y sobre el jardín una sombra lúgubre, pero la familia trataba de disculpar su fealdad buscándole alguna aplicación.

—Se podrá jugar bien a la pelota como en un frontón— dijeron unos.

—Lo cubriremos con una de esas enredaderas que se agarran a los muros y crecen como por ensalmo escalando con rapidez de lagartijas. Entonces será bello el espectáculo de este muro, adornado de verdura, como si fuese el límite de un gran bosque— dijeron otros.

—Nos guardará de los vientos que vengan por ese lado— pensó Manuela, con su espíritu

práctico, en su deseo de hallarle también una disculpa.

Así pasaron rápidamente los días, y cuando ya el muro fue bastante alto para ocultar el hotel de al lado, respiró satisfecho como si lo hubiese enterrado. Cada espuerta de mezcla de cal y arena que subían los trabajadores era como una paletada de tierra que arrojaba sobre el odiado cadáver del otro hotel. Se quedó tranquilo, contento del daño causado al vecino, como si esto le hubiera reportado un gran bien.

A las horas de la comida había siempre algo que comentar. Ya el encuentro con la portera, que había reído al pasar ellas. Ya el movimiento grosero del vecino, que les volvió la espalda. Siempre, al ir de noche a casa, lo hacían con precauciones, como si temieran una asechanza, y al pasar cambiaban de acera, con una especie de miedo de que les arrojasen algo de las ventanas o les tiraran alguna piedra.

Las niñas habían exigido a don Pedro que adornase la fachada y plantase nuevas flores y arbustos en el jardín; «Villa-María» no podía ser inferior a aquel otro hotel sin nombre, ad-

venedizo, que nadie designaba por un mote delicioso como el de «Casa Azul», que daba al suyo, y que sólo se distinguía por su número, el número que indicaba su lejanía, 288, cuando ellas no tenían que poner más que «Villa-María» en sus tarjetas.

Pero un día vieron con inquietud un movimiento de obra en el hotel vecino. Llegaban carrillos con cal, arena, yeso, y no tardó en aparecer una brigada de albañiles con espuelas y herramientas. ¿Qué irían a hacer? Don Pedro salía y entraba deseoso de enterarse de lo que ocurría. No sabía en qué trabajaban, hasta que pasados algunos días empezaron a verse los muros de un nuevo piso que crecía sobre las paredes maestras, acusando ya los huecos y las líneas macizas, igual que si fuese un brote primaveral que salía de los cimientos clavados como raíces en la tierra.

Aquel piso venía a dar mayores proporciones y señorío al hotel de al lado; «Villa-María» se quedaba pequeña, perdida cerca de él. Se miraron anonadados; contra aquello no podían luchar. Se miraban unos a otros sin sa-

ber qué decirse, de mal humor; las comidas eran tristes, silenciosas, y lo que más los irritaba era aquella indiferencia de Juanito, que parecía encontrar bien y natural lo que sucedía.

Un día, doña Laura tuvo una idea:

—¿Por qué no sube usted el paredón hasta ocultar ese piso?

Don Pedro tuvo un momento de desconcierto al oír la pregunta; se marchó sin contestarle, y durante varios días no se habló más del asunto. Las mujeres no dejaron de volver a la carga; los novios las ayudaban. Era una cuestión de honrilla para todos. Al fin, don Pedro tuvo que dejar escapar su secreto.

—Sí, se levantará más alto el paredón; pero antes hay que dejarlos que acaben su piso.

Dicho aquello con lentitud, se encerró en su despacho, dejando a todos atónitos, asombrados, de su sangre fría y su talento, mirando hacia la puerta por donde se había ocultado su figura de estratega insigne.

El plan se cumplió como se lo habían propuesto; verdad que para ello fue preciso consumir todo lo que restaba de la cantidad con que

se hubiera levantado otro piso a «Villa-María»; pero eso no importaba, cuando tuvieran de nuevo el gusto de tapar y ocultar la casa aborrecida, ya lo harían.

Se quedaron tranquilos después de eso. Volvieron a sus fiestas y a su vida ordinaria, y los enamorados empezaban a pensar de nuevo en sus proyectos matrimoniales. Después de todo, el hotel tenía capacidad para dos matrimonios y el padre. Juanito parecía renunciar a su parte de habitación, ya que su género de vida no hacía presumir que pensara en casarse. Además, la preferencia del padre estaba de parte de ellas, así como la de la madre se había declarado en favor del hijo, por esa influencia de sexo que se deja sentir, sin darse cuenta hasta entre los padres y los hijos. Esa influencia incontrarrestable dentro de lo más puro y más idealista que se halla en el mismo misticismo de los santos.

Ya se habían ido acostumbrando a la nueva faz que presentaba la vida de don Pedro. Sus galanteos de viejo verde, deleitándose con las gracias de las muchachas, no tenían más al-

cance; estaban ya seguras de que no se casaría; y por el consejo de doña Laura, hacían la vista gorda hacia la predilección que demostraba por una antigua criada, coloradota y fresca, que se despidió de la casa, y a la cual visitaba de vez en cuando. Con aquella amistad estaba contento, de buen humor, y se prestaba de buen grado a servir de padre decorativo y acompañar a las niñas en aquellos actos en los cuales la sociedad exige la presencia de los padres o de los esposos.

Un día tuvieron una sorpresa dolorosa. Por cima de su paredón aparecían unas nuevas tapias, que en pocos días dibujaron la figura de un torreoncillo gótico, alto, esbelto, estrecho, semejante al tallo de una flor que iba a abrirse, en el hotel vecino. Las ventanas, en ojiva, eran como un ojo malicioso que entraba en su jardín y triunfaba de su paredón. Les parecía una sonrisa maliciosa de la casa vecina, un pie que colocaba sobre ellos para alzarse al sol altiva y vencedora.

Para colmo de cinismo, a aquella ventana se asomaba una mujer; una mujer, extraña,

distinta de todas las de la vecindad. Aparecía siempre descotada, pintados los ojos y los labios con exageración, vestida de telas finísimas, con trajes originales y llamativos. No tardó en saberse quién era aquella señora: Una bailarina de nombre célebre que el vecino había traído a vivir en su compañía. Aquello les parecía una nueva ofensa. Como si lo hubiese hecho por ellas. Las niñas no se atrevían a salir al jardín ni asomarse a las ventanas para que no las viesan tan cerca de aquella mujer. En el fondo se irritaban más contra ella, porque la encontraban bella y libre. La miraban a hurtadillas, con recelo y con una admiración inconsciente, que no podían evitar, y sorprendían siempre su mirada indiferente, y a veces curiosa y compasiva, como si en ella hubiese una superioridad moral que las encontrase insignificantes y las humillara.

Además, la vecindad de la nueva moradora del «Hotel del Torreón», como sonoramente había comenzado a llamársele en el barrio desde la construcción de aquel pintoresco adorno, atraía un gran número de paseantes, que ron-

daban y pasaban constantemente por el Paseo Nuevo. Ellas conocían ya algo de esos tipos que rondan continuamente a las mujeres que viven en los hoteles, y no precisamente por cálculo o por interés, sino por una atracción especial de los hoteles sobre algunos amorosos que sueñan con el atractivo de una aventura, el salto de la verja, burlar la vigilancia del perro, entrar por la ventana a la alcoba tibia, llena de luz. Una aventura con mujer dueña de hotel, mujer distinguida, con refinamientos, distinta del vulgo. Esos merodeadores no piensan para nada en el matrimonio ni en el amor; pero son los continuos paseantes de las calles en que hay chicas o mujeres bonitas que habitan en un hotel. Otros eran los románticos, soñando aventuras, siempre niños muy jovencitos o pobres muchachos en cuya seducción entraba por mucho el elemento de bienestar que se exhala de los hoteles.

Pero los hombres que ahora rondaban no eran como esos. Eran hombres elegantes, de aspecto de hombres adinerados, algunos ya viejos, que las miraban de un modo procaz.

¿Qué hacer contra aquella elevación de la casa vecina? Todo parecía imposible ya, empezando por la falta de recursos, que cada día se hacía sentir más.

Los gastos de la casa habían aumentado considerablemente, por la necesidad de darlo todo a hacer. Todas las mil cosas que hacía doña María se repartían entre gente asalariada. Una criada más, costurera, planchadora. Los vestidos se llevaban al quitamanchas, no se arreglaban las ropas como cuando la madre vivía. Hasta la misma Manuela olvidaba sus costumbres de arreglo y economía, y cada día eran más frecuentes sus libaciones.

Cada uno echaba la culpa del malestar a los otros. ¿Por qué con lo mismo que les proporcionaba una situación agradable en vida de doña María no tenían ahora para lo más preciso?

Las chicas pensaban en regalos del padre a aquella mujer con la que pasaba los ratos. El hijo lo atribuía todo al lujo de las hermanas, y el padre culpaba a unos y otros de agobiarlo con peticiones y no saber administrar su pecu-

lio. El también deseaba que las chicas se casasen, que le quitasen carga; pues bastante tenía con vivir él e ir librando de su gravamen al hotel.

Ese gravamen había crecido de un modo enorme con las nuevas hipotecas, y, sin embargo, aún, imprudentemente, lo agravó más volviendo a meterse en obras para levantar más y más su paredón, hasta ocultar el torreón burlón y procaz de la otra casa. Era aquél ya un paredón que en vez de enterrar a los otros parecía aplastarlos a ellos. «Villa-María» había perdido la gracia y la esbeltez ligera y sencilla con que se recortaba sobre el fondo del horizonte, bañada en la misma luminosidad azul del aire al destacarse como incrustada en el paredón, deslucido y hosco, que arrojaba su sombra sobre ella.

Para colmo de cinismo, un día una orden judicial vino a suspender las obras. El vecino, que había sufrido paciente la construcción de la tapia, mientras ésta podía justificar su existencia por un motivo de utilidad, entablaba un pleito cuando lo exagerado de sus proporciones demostraba el solo deseo de privarlo de sus lu-

ces, invocando sus derechos de medianería.

Aunque todos pusieron el grito en el cielo, fue preciso suspender las obras; pero el vecino no se conformó con aquello. Se trataba de que derribaran la obra hecha; había esperado paciente dejándole hacer gasto para tomar una cumplida venganza.

Fue preciso buscar abogado, procurador, y empezó un nuevo gasto de curia y papel sellado. Como si la misma casualidad estuviese en contra suya, el fallo de la Naturaleza se anticipó al del Juzgado: el paredón empezó a derrumbarse. Fue necesario atender al depósito que para responder a los gastos del pleito les pedía el Juzgado, al anticipo que exigieron el procurador y el abogado y al acarreo de aquellos escombros que el ornato público les obligaba a retirar, con el pleno convencimiento de que la tapia no volvería a levantarse.

Aquel torreón se quedaría altivo, enhiesto, triunfante, como un pararrayos que detuviera la cólera acumulada sobre él. La familia de López Reina cerraba sus ventanas y se aislaba en el fondo de la casita azul para no ver aquel ho-

tel insolente y aquellos odiosos habitantes. Era un odio de esos legendarios, un odio de esos de leyenda corsa, irreductible. Tenía el mismo origen de todos los grandes odios que registra la Historia y que han nacido siempre entre vecinos propietarios o entre señores de propiedades o naciones colindantes; como si el ser terratenientes despertase el deseo de dominación, la soberbia, la envidia y todas las malas pasiones.

VI

Empezó la época de apuro, que ya no fue posible ocultar. Por mucho que se redujeran los gastos, no era posible salvar la situación. La ruina era inevitable.

Se reunió en el comedor una especie de consejo de familia, en el que también tuvieron voz y voto doña Laura y Manuela. Don Pedro confesó su situación. No podía de ningún modo pagar los réditos ni levantar las hipotecas, que parecían haber ido aumentando por días.

En los primeros apuros había hallado medios de solventar la situación. Había usado y abusado de su crédito; pidió a unos amigos, y

luego a otros para pagar a los primeros y volverles a pedir; tomó dinero sobre su sueldo, recurrió a usureros despreciables de peseta por duro al mes. ¡Ya estaba todo agotado! No podía hallar ningún medio para salir del conflicto.

La familia estaba toda anonadada; y después de aquel momento de estupor, las mujeres prorrumpieron en llanto, recriminándose unas a otras entre sollozos y frases entrecortadas.

Por fortuna, don Pedro se impuso. El, que hasta entonces había sido débil, recobró todo su carácter de jefe.

Era inútil llorar; su ruina, después de todo, no era para caer en la miseria. Le quedaba su sueldo de oficial mayor de negociado, y con él bastaba, a pesar de la retención de la parte legal, para vivir bien y con decoro; sobre todo estando tan inmediato el casamiento de las chicas y acabando aquel año Juanito la carrera de ingeniero, que ya le costaba quince años de estudio, con sus innumerables suspensos.

Lo interrumpió éste. ¿Cómo iba a pagar sus deudas? Don Pedro expuso su resolución.

Vivir era lo primero. Allí estaba su sueldo, pagaría todo lo que pudiese. Se reducía todo a vivir con mayor economía y... (no se atrevía a pronunciar la palabra) a desprenderse del hotel. Sería preciso mudarse. Después de todo, aquella hipoteca la había traído la casa misma; era un mal unido a ella que había crecido al par que se levantaba y se engrandecía; un mal constitutivo que la había corroído y la mataba.

Protestó toda la familia. Dejar la casa era peor que la muerte. Se unirían todos, trabajarían, se esforzarían, sufrirían todas las privaciones y toda la miseria. Estaban dispuestas a todo menos a dejar su casa. Eso era un escándalo, un descrédito superior a la ruina misma.

Doña Laura daba alientos con esa inconsciencia de los que ven los conflictos desde fuera.

—No hay que apurarse, ya se saldrá de ello.

Y Manuela se oponía a la idea con toda la falta de lógica hija de su desconocimiento del problema que se le planteaba.

—Hay que sufrir un poco. Nos reduciremos, y con que las señoritas ayuden todo irá bien.

Las señoritas no protestaban; estaban vencidas; pero ¿qué dirían Enrique y Alfonso al enterarse de aquello? Tenían vergüenza de confesarlo, y, sin embargo, la figura de sus prometidos tomaba entonces proporciones de libetratriz. Muy duro se hacía pensar en abrigar su idilio en otras habitaciones desconocidas cuando ya parecía haber tomado cuerpo en aquellas estancias.

Se reunió muchas veces la familia y se hicieron toda clase de cálculos; los acreedores, que habían concedido prórrogas, los alzaprímaban.

Doña Laura propuso la solución, muy del gusto de toda la familia. Podía hacerse el último esfuerzo:

Juanito se iría a provincias, colocado al terminar la carrera, y no había de faltarle un buen negocio o una heredera rica. Bastaba sólo con que Rosalía y Encarnación apresurasen las bodas y que el padre pudiese dedicar esfuerzos

a salvar la casa. Ella misma se encargó de la delicada misión de hablar a los dos novios. Si la acogida era favorable, aún podría buscarse el dinero para hacer frente a los vencimientos más apremiantes. Salvar el hotel, aquel hotel que era algo tan unido, tan consubstancial con ellos que no podían comprender el abandonarlo.

Desgraciadamente, los desengaños que van unidos a la decadencia de la fortuna, no se hicieron esperar. Enrique habló de inconvenientes por parte de su familia que hacían retardar el matrimonio por plazo indefinido, y Alfonso, más sincero y menos enamorado, abandonó francamente su empresa declarando que no quería ser un obstáculo a los nuevos planes que conviniesen a Encarnación y que le devolvía la palabra empeñada.

Hasta la criada y los jardineros no tardaron en abandonarlos aprovechando la coyuntura de colocaciones más seguras.

Los primeros en desertar habían sido los parientes, aquellos parientes que iban de noche a hacerles la tertulia, que comían con ellos los días de aniversario y tomaban parte en sus fiestas.

Los amigos también los dejaban, desde que se había extendido la noticia de su ruina, y temían que don Pedro pudiese acudir a ellos. Hasta las amigas más íntimas dejaban de ir, disgustadas de la tristeza del hotel, con el jardín descuidado, empolvada la verja, sucio el piso, y revueltas y silenciosas las habitaciones, en las que ya no se escuchaban ecos de músicas y fiestas.

Don Pedro andaba siempre sombrío, taciturno; Juanito apenas se dejaba ver e los momentos de levantarse o de ir a dormir, pareciendo no ocuparse de nada de lo que sucedía. Las dos hermanas dominaban a duras penas su angustia, ocultándola hasta de sí mismas. Rosalía, como si se hubiese impuesto una misión de sacrificio, había terminado sus relaciones con Enrique y trataba de encauzar la vida de la familia asumiendo las funciones de directora, como se lo había visto hacer a la madre. Austera, triste, sin quejarse, se la veía cada día más pálida, más débil, próxima a contraer una enfermedad; pero valiente para ocultar su dolor y no dejarlo ver como Encar-

nación, que se pasaba los días sumida en el más profundo desaliento, presa de la anemia y la neurosis desde el abandono de su prometido. Sólo doña Laura era la amiga fiel que las acompañaba, quizás porque sentía un secreto placer en ser necesaria y adquirir la preponderancia de directora y consejera.

Manuela, entre libación y libación, lamentaba la situación de sus amos con todas las gentes del barrio.

—¡Pobres señoritas, tan buenas, tan trabajadoras como se han vuelto! Ahora, que es cuando valen, es cuando las han abandonado esos bigardos, que no iban más que detrás de las perras. ¡Para fiarse de los hombres! El mejor, asadito y con limón.

En su imaginación mezclaba la imagen de los novios infieles a sus señoritas con la de aquel truhán que la había engañado, fingiéndose decorador, y que la abandonó encinta de un chiquillo infeliz que nació muerto, cuando ella entró a criar a Juanito, el cual heredó todo su cariño materno.

Con su cariño y su compasión, la pobre

mujer ponía cada vez más en ridículo a sus señores, contando los apuros que tenían para comer y vestirse. Aquella compasión de todos alejaba a todos cada vez más.

El momento fatal había llegado. Estaba allí la cédula de desahucio, era preciso dejar el hotel a los nuevos dueños.

Hasta aquel momento ninguno se había acabado de dar cuenta de la verdad de la situación. El hotel era en su imaginación una cosa unida a ellos de la que no podían separarse. Y aquel absurdo, aquel imposible, aquella monstruosidad que apenas habían podido concebir iba a realizarse. Se lo repetían unos a otros, en voz baja primero y alto después, como si tuvieran necesidad de oírlo para creerlo.

—¡Es preciso irnos!

VII

—Tenemos que dejar *nuestra casa*.

¡Dejar la casa! *Su casa*; la que sería siempre *su casa* para ellos. Se les despojaba, se les saqueaba.

¡Dejar su casa! ¡Dejar «Villa-María»! Era entonces cuando el nombre se les aparecía con todo su valor. Era VILLA-MARIA: la casa de su madre. Abandonar aquella casa era como abandonar a la muerta, que se había quedado allí enterrada, como invisible, viviendo aún con ellos. Tenían la sensación de que cada vez que salían la dejaban allí esperando. Ahora iban a abandonarla, a dejarla sola, a que otros mora-

dores vinieran a profanar sus recuerdos... y, sin embargo, era preciso irse, irse, si no querían que los echaran...

Buscó doña Laura el pisito, que ni siquiera vieron, y distribuyó a su capricho las estancias que habían de ocupar cada uno. Era preciso cuidar mil detalles que luego les pesaría no haber atendido. Llevarse todo lo posible. Don Pedro, anonadado por el golpe decisivo, había vuelto a perder su entereza. No se interesaba por salvar nada; todo le parecía digno de desdén, cuando iba a perder lo que más valía. No quería mirar los árboles y las flores que él había plantado, casi marchitos ya, porque sólo Manuela las regaba de vez en cuando.

Gracias que doña Laura velaba por todo; lo recogía todo, hasta lo más inútil en apariencia.

—Todo tiene su aplicación— decía—; yo, en mi casa, no tiro nada. Hasta el papel de plomo que envuelve el chocolate lo derrito en una sartén y me dan unos céntimos, treinta o cuarenta, todos los meses... No hay que desperdiciar nada. El pan duro, las bombillas fundi-

das, los huesos del cocido, los papeles viejos y hasta las hebras de cabello que arranca el peine. Diez céntimos de una cosa, diez de otra... ya hay para un panecillo o para tomar el tranvía.

Todos la dejaban hacer. Manuela la obedecía y arrancaba los clavos de la pared, después de descolgar los cuadros. Le parecía que la pared gemía, crujía, se resquebrajaba; había que herirla para arrancar aquellos cuadros, aquellos visillos, aquellas barras de portier que parecían haber nacido allí. Porque aquellos cuadros clavados en el hotel, en su hotel, en el hotel propio, habían tenido un carácter definitivo que hizo insospechable el que se pudieran arrancar. Eran cuadros y adornos que no parecían colgados, sino unidos, formando un solo cuerpo con las paredes. Algo así como los frescos que decoran los grandes monumentos y que son inseparables de ellos.

Ya no había el cuidado de no estropear aquellas paredes que se habían mimado como si fuesen de carne animada. Sin darse apenas cuenta, Manuela sentía toda la tragedia de la familia y evocaba el recuerdo consubstancial

con aquella casa, murmurando sin cesar entre sollozos:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Si la señora levantara la cabeza!

Y una vez añadió convencida:

—¡Suerte tuvo doña María en morirse antes de ver esto!

VIII

La llegada de los carros de mudanza que se esperaban sorprendió como un acontecimiento imprevisto. Se había apoderado de todos una desesperación semejante a la que se siente ante la muerte inevitable de un ser querido. No se empaquetó nada, no se guardó nada; los hombres cogían y cargaban a granel los objetos, algo admirados de no oír las recomendaciones, de que cuidaran las cosas frágiles, a que estaban acostumbrados. Cuando lo cargaron todo, los carros se pusieron en movimiento, semejantes a fúnebres coches de entierro que fuesen de un hospital sin que nadie siguiera el

duelo. Sólo Manuela caminaba a distancia, limpiándose las lágrimas, llevando la jaula del único canario que no se había muerto de abandono y olvido en aquellos días, y el saco en que había encerrado la gata, y murmurando en voz baja su eterna cantinela:

—¡Si la señora levantara la cabeza! ¡Bien muerta está!

No había ya nada en la casa, ni un objeto ni una silla; la familia estaba toda reunida, de pie, en la alcoba del piso bajo. Aquella alcoba debía estar en el sitio en que se abrió el primer cimiento para afianzar el hotel; debía ser allí donde se colocó la primera piedra, la matriz de donde nació. Todos habían acudido allí como por un acuerdo tácito a despedirse de la madre. Era allí donde había muerto doña María, donde la dejaban, moralmente, enterrada, donde tenían que abandonarla a la profanación de otras gentes desconocidas.

La desesperación de todos era tan inmensa, que ninguno se atrevía a hablar. Se apoyaban en las paredes como buscando en ellas un supremo amparo. Había en su dolor un dolor

de reyes destronados al abandonar su reino; pero más agudo, más punzante, porque habían de sufrirlo más en la soledad, en la obscuridad, sin la brillantez y la ostentación.

Un momento se miraron todos como si se pidiesen auxilio, y entonces sucedió una cosa extraña. Juanito, el apático, el indiferente, se sintió enloquecer. Su pasión por el hotel, que en tiempos normales parecía desdeñar, se exaltó hasta el apasionamiento, un apasionamiento de hombre celoso que tuviera que abandonar la mujer amada a otro poseedor; una pasión de esas en que el amor toma caracteres de odio para matar y destrozar al que ama, como una suprema prueba de amor. Se lanzó al jardín, cogió una azada y con ella descargó golpes furibundos en todas direcciones. Rompía cristales, hacía saltar astillas de las puertas, caían en pedazos molduras de las paredes... Aquella locura de destrucción se comunicó al padre y a las hermanas. Sí, mejor era destruirlo todo que entregarlo cuidado, lozano, lleno de amor a los que los despojaban. Todos a una, armados de piedras o de palos, rompían y destruían a

porfía. Rosalía segaba sin piedad las plantas del jardín, mientras su hermana pisoteaba las raíces y el padre y Juan desgajaban los árboles y seguían destrozando luces, puertas, ventanas pila del baño... Parecían foragidos defendiéndose en un hotel abandonado a la llegada de la Policía, dispuestos a defenderse hasta morir en aquellas posiciones en que se habían hecho fuertes.

Al fin, el cansancio los detuvo y los rindió. Se miraron asustados, como si en todo aquel tiempo no se hubieran visto. Por un momento, en su fiebre de destrucción, pensaron en el incendio, y en todos a un tiempo surgió la misma protesta. No.

No; no podían incendiar «Villa-María»; más que la responsabilidad criminal en que no pensaban los detenía aquel nombre. Por un momento sus imaginaciones exaltadas contemplaban aquella casa tan querida presa de las llamas. Veían con deleite de héroes sitiados en su ciudad cómo las llamaradas encendidas y las ráfagas de humo buscaban paso por las ventanas, lamiéndolas con su lengua de fuego, hasta

levantar el techo y corroer y derribar las paredes, dejando sólo el dibujo plano de los cimientos. Sería para ellos un placer ver cómo todo se deshacía, se desmoronaba; cómo el vencedor no se podría apoderar más que de un montón de cenizas... Pero entre las llamas les parecía oír el lamento de un ser que se quemaba encerrado en su habitación sin poder salir de ella: su madre. Su madre estaba allí, y les imponía la cordura en el último sacrificio.

Sin decírselo, todos se habían transmitido el pensamiento. Lo hecho, bien hecho estaba. Era preciso irse. Entonces surgió otro problema de humillación y de vergüenza. No podían salir de allí a pleno sol. Miraron por la ventana de una habitación del segundo piso hacia el hotel número 285. El «Hotel del Torreón», el Hotel que los había vencido; como si su derrota no fuese tan personal y ellos fuesen sólo las víctimas de aquella lucha de hotel a hotel.

Allí estaban los vecinos implacables, mirando desde lo alto de las ventanas ojivales; se habrían estado gozando en ver cómo sacaban los muebles; habrían presenciado toda su salva-

je desesperación; serían testigos que podrían delatarlos. De haber tenido un arma hubieran disparado sobre ellos sin remordimiento.

El furor de don Pedro llegó al paroxismo.

—¡Malditos! ¡Malditos!— exclamó viendo sonrientes en la ventana a la dama del amplio descote y al vecino de la barba negra.

Y cayó presa de un ataque nervioso, con los dedos y los dientes enclavijados, como si padeciera un ataque de tétanos.

Ante aquello, los hijos lo olvidaron todo: Encarna y Rosalía, sentadas en el suelo, lo recibieron como a un niño pequeño en su regazo, mientras Juan le ponía en el rostro su pañuelo empapado de agua. Les parecía que su madre estaba allí y quería llevarse al esposo sin que cometiera la infidelidad de abandonarla. Sentían el terror de ver morir al padre, y creían que nada debían de hacer para oponerse a los designios de aquel ser que dominaba su destino de un modo tan fatal.

Por fortuna, don Pedro se repuso, y poco a poco todos se tranquilizaron. ¿Pero cómo salir de allí? Era imposible dar el espectáculo de

abandonar la casa arrojados, vencidos, después de haber dejado ver su desesperación ante los ojos de sus enemigos.

Y todo el día lo pasaron allí, en aquella habitación desmantelada, viendo ir obscureciendo a su alrededor, hasta que vino la noche. ¡Tenían que irse para que los nuevos dueños no los encontraran! Y salieron, todos juntos, apoyándose los unos en los otros, tropezando como si aquel suelo se les hubiese ya vuelto hostil. Sin ruido abrieron la verja, pasaron bajo las letras queridas que no se atrevieron a arrancar con la esperanza de que aquella casa conservase su nombre... Temían que los acechasen desde el hotel de al lado... que los sorprendiesen en su fuga...

... Y así se perdieron lentamente, sin volver la cabeza, a lo largo de la acera de aquel Paseo Nuevo por donde no volverían a pasar.

—¡El perro!

Un ladrido lastimero llegaba hasta ellos. Nadie se había acordado del perro que quedaba abandonado en su garita de madera. Por un momento dudaron si volver a buscarlo. ¡Qué

sería de él si tardaban los nuevos dueños? Había que abandonarlo un poco a la fatalidad. Ellos no podían ir a aquel piso que les iba a servir de albergue con el pobre animal que fue su guardia y su custodio durante tantos años. Ahora recordaban con cariño hasta sus ladridos y sus molestias; pero no podían volver ya sobre sus pasos. Era aquel que acababan de recorrer un camino trazado que no podían desandar de nuevo.

Aquel perro, tosco, bruto, que no tenía la simple alegría que en medio de su fuerza tienen para ser sociables los perros de cortijo, porque estaba embrutecido, con el embrutecimiento que les dan a los perros las grandes ciudades, tenía que quedar allí como una cosa inherente al hotel; quizás como el guardián del sepulcro de su ama, destinado a morir sobre él como esos perros fieles que el mármol ha perpetuado al pie de sus dueños en los sepulcros góticos, como símbolos de la fidelidad. Siguieron su camino.

IX

Aquella tarde de domingo, a la hora del crepúsculo, el Paseo Nuevo estaba desierto. En esos días de ventisca y lluvia no transitaba nadie por allí. Con esto había contado Encarnación para escaparse y dar un largo rodeo, al volver de casa de las amigas con quienes había pasado la tarde, para cruzar delante de su antigua morada. Sentía una necesidad de ir allí, como si la hubiesen sugestionado con un mandato imperioso que le era necesario obedecer. Era un deseo avasallador, irresistible de ir a aquel sitio y contemplar «Villa-María» aunque sólo fuese entre la sombra y la lejanía. Quería volver a ver

aquella casa donde transcurrió su infancia, donde estaban encerrados todos sus recuerdos alegres o tristes y todas sus emociones. Aquello era a la vez algo así como una visita hecha a la tumba de su madre.

Parada, inmóvil, contemplaba el hotel desde la acera de enfrente, sin cuidarse del viento furioso que hacía caer las chimeneas arrancadas de cuajo, y abatía los árboles en una fantástica convulsión de ramaje en medio de la sombra de un modo fantástico y amedrentador. Los vecinos habían cerrado cuidadosamente puertas y ventanas, y los pocos transeuntes pasaban arrebujaos en sus abrigo, con la cabeza agachada, caminando de prisa en busca de un refugio.

Encarnación sentía oprimírsele el corazón de angustia al contemplar como una extraña aquella casa que se le hacía desconocida. Le parecía más pequeña que nunca. El paredón había desaparecido, y «Villa-María» era chiquita y simple como una casita de campo cerca de la esbeltez del «Hotel del Torreón». En este se veían luces al través de las ventanas. *El suyo*

estaba envuelto en la sombra: debía estar deshabitado aún. No se atrevía a acercarse; el viento y la llovizna revolvían sus ropas y azotaban su rostro; no sentía frío ni miedo; estaba absorta en la contemplación de su casa. Poco a poco se fue acercando a ella; para verla bien. La verja... la puerta... la ventana de su cuarto... la ventana aquella por donde hablaba con Alfonso. Sentía una emoción que la ahogaba. Un deseo loco de entrar allí, de gritar que la despertaran de su pesadilla para volver a verlo todo alegre, riendo, lleno de esperanza como en mejores días. Era su memoria como un cinematógrafo para evocar las horas dichosas, los sitios, las escenas. Veía los muebles colocados en su sitio, las personas... su novio... su madre.

Pero el hotel, con su sensación de abandono, con su jardín destrozado y lleno de cascotes de las obras; la volvió a la realidad. Seguía solo y deshabitado, envuelto en una tristeza mayor. Ella tuvo celos al pensar en quiénes serían sus moradores; sentía remordimiento ante el jardín sin plantas del destrozo que habían causado, y al mismo tiempo un deseo vehemen-

te de que permaneciera así siempre, abandonado, solo; que crecieran en el jardín zarzas y jaramagos; que las paredes se agrietaran y se cayesen; que se desmoronara. Era mejor que quedase siempre desierto, inhospitalario, como esos solares a los que la justicia de los antiguos reyes mandaba sembrar de sal.

Y en medio de su impresión, la razón se imponía para conocer que aquella casa, ya ajena a ella, habría de cumplir su misión dentro de la más completa indiferencia.

No podían culpar a nadie de su desgracia más que a su desafortunado amor de propietarios, aquel apego a una cosa muerta, material, insensible, a la cual habían ridículamente subordinado toda su vida.

Quiso instintivamente buscar una disculpa a aquel amor absurdo hacia las cosas, explicándose por la creencia de que su madre vivía allí y que no la podrían desalojar de su casa, porque el espíritu de los muertos no puede desalojarse de la casa que ha sido suya, y «Villa-María» era siempre la casa levantada y cuidada por la madre, como el nido donde las había

arrullado.

Levantó los ojos al letrero para darse fuerza. El letrero no estaba ya allí. «La Casa Azul» no era ya «Villa-María». La tragedia de la casa estaba consumada. Le parecía como si hubiesen enterrado a su hotel bajo sus cimientos, más abajo de sus cimientos. La idea de poner una corona en una tumba le sugería la de ese hundimiento insólito que debía haber experimentado el hotel. Aquella sombra del otro que se levantaba sobre la fosa del suyo era semejante a ese nicho deshabitado que ha de ocupar otro sobre el nicho ocupado más abajo.

Había en ella algo como el recuerdo de un antiguo día de fiesta, de unas vagas notas de vals, de un sentimiento de muerte que hubiese resucitado para vagar junto a su casa.

Hubiera querido convertir en sueño todo lo que había pasado para poderse despertar. Desdichadamente, algunas veces se está tan despierto en la vida, que no se puede despertar más, que no se puede ni soñar ni tener ningún consuelo.

Encarna estaba despierta, más despierta

que había estado nunca; por eso la hería la verdad de las cosas como un puñal, y parecía como si materialmente, en una lluvia de hierro y cascote, se hubiese desmoronado el hotel sobre ella. Era inútil permanecer ya allí; aquella casa se le había hecho extraña. No quedaba ya nada de ellos. Quiso volver al lado de su familia, huir, librarse de aquella obsesión... Al volverse vió un bulto, en el que no había reparado, inmóvil, sobre el banco de enfrente del hotel. Al acercarse conoció a la mujer que estaba allí cerca de ella. Las dos lanzaron un grito y luego un nombre:

—¡Encarnita!

—¡Manuela!

La pobre criada, que también como ella había ido a vagar, con un instinto de perro, inconsciente, en torno del hotel.

La cogió del brazo, y se alejó con paso vivo, como si hubiese recobrado toda su energía ante aquel rasgo de servidumbre que les imponía el hotel. Se sintió como curada de un gran mal, fortalecida, para mirar hacia los nuevos días, enamorada de la vida, sintiendo a

la vez una rebelión y un misticismo que le hacía abominar del amor desmedido a la posesión y le daba un desprendimiento de las cosas materiales para amarlas en su justa medida, que hubiera querido inculcar aquel nuevo sentimiento en el corazón de los otros. Librarse del amor a las paredes y el solar, y buscar en sí propia la morada y los cimientos de su paz interior.

INDICE

	<i>Página</i>
<i>Prefacio</i>	13
<i>I</i>	31
<i>II</i>	47
<i>III</i>	53
<i>IV</i>	57
<i>V</i>	61
<i>VI</i>	77
<i>VII</i>	85
<i>VIII</i>	89
<i>IX</i>	97

SERIE LA NOVELA CORTA

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

El crimen del Fauno

DIEGO SAN JOSE

El alma de Torquemada

EUGENIO NOEL

Amapola entre espigas

EDUARDO ZAMACOIS

Los últimos capítulos

EDUARDO MARQUINA

La misa azul

EMILIA PARDO BAZAN

La aventura de Isidro

JOSE FRANCES

El raro amor de Gustavo Pinares

CARMEN DE BURGOS (Colombine)

El hombre negro

CARMEN DE BURGOS (Colombine)

«Villa-María»

JOAQUIN DICENTA

El hijo del odio

FELIPE TRIGO

El moralista

JOAQUIN DICENTA

Garcés de Marsilla

EMILIA PARDO BAZAN

La última fada

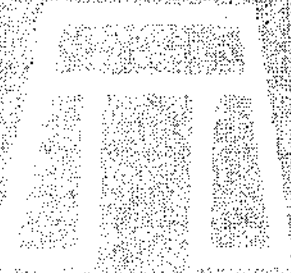
COLECCION DE BOLSILLO

1. MIGUEL DE CERVANTES
La gitanilla. Rinconete y Cortadillo.
2. JOSE ZORRILLA
D. Juan Tenorio.
3. MARIANO JOSE DE LARRA
El Duende Satírico del día.
4. ANONIMO
El Lazarillo de Tormes. Romances de Bernardo del Carpio.
5. LOPE DE VEGA
Fuenteovejuna.
6. GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Rimas. La Creación, Maese Pérez.
7. DUQUE DE RIVAS
Don Alvaro o la fuerza del sino.
8. PEDRO CALDERON DE LA BARCA
La vida es sueño. El alcalde de Zalamea.
9. TIRSO DE MOLINA
El burlador de Sevilla.
10. LUIS FERNANDEZ DE MORATIN
El sí de las niñas.
11. FRANCISCO DE QUEVEDO
El Buscón.
12. MIGUEL DE CERVANTES
El licenciado vidriera. La ilustre fregona. La fuerza de la sangre.
13. ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
El crimen del fauno.
14. EDUARDO ZAMACOIS
Los últimos capítulos.
15. DIEGO SAN JOSE
El alma de Torquemada.
16. EMILIA PARDO BAZAN
La aventura de Isidro.
17. EUGENIO NOEL
Amapola entre espigas.
18. EDUARDO MARQUINA
La misa azul.
19. TOMAS DE IRIARTE
Fábulas.

20. JOSE DE ESPRONCEDA
El estudiante de Salamanca.
21. LOPE DE VEGA
Peribañez y el Comendador de Ocaña. El mejor alcalde el rey.
22. TIRSO DE MOLINA
Don Gil de las calzas verdes.
23. FRANCISCO DE QUEVEDO
Los sueños.
24. VARIOS
Antología poética Siglo XIX.
25. TIRSO DE MOLINA
El condenado por desconfiado.
26. MARIANO JOSE DE LARRA
El pobrecito hablador.
27. FRANCISCO DE QUEVEDO
La hora de todos y la fortuna con seso.
28. FELIX MARIA DE SAMANIEGO
Fábulas.
29. MIGUEL DE CERVANTES
El celoso extremeño. Las dos doncellas. La señora Cornelia.
30. LUIS DE GONGORA
Sonetos.

1.000

N. 312



B. Dip. Almería

AL-821-BUR-vil



1000808

1000808

Carmen de Burgos --Colombina-- (1878-1932) tiene una concepción sobre la liberación de la mujer que parte de los planteamientos de la vida cotidiana, según se revela en su producción literaria.

A través de los protagonistas de "VILLA-MARIA" nos topamos con la descomposición moral de la clara media marquezada de última hora que sufre la adaptación en un mundo de contradicciones de la que son meros sujetos pasivos. La novela se desenvuelve con grandes dosis de ironía, con un humor agri dulce, que le da el carácter de fábula oriental.

En el número 39 de esta colección se encuentra la novela de Carmen de Burgos EL HOMBRE NEGRO.

LA NOVELA CORTA

125 pts

Diputación de Almería

Biblioteca Villa María

70